

Ithomo habrían creído indispensable invadir el Atica, para operar una diversion en favor de los eginetas, con tanta mayor razón, cuanto que Artajerjes por conducto del sátrapa Megabazos, los invitaba á ello, apoyando su solicitud con una buena cantidad de dáricas; pero no les fué posible moverse.

Concibió entónces Períkles el atrevido proyecto de los largos muros, que debían unir á Aténas con el puerto de Faleron que distaba 6 kil. 430 metros de la ciudad y con el Peireos que distaba 7 kil. 240 metros. Esta empresa tenía la oposicion de los aristócratas que querían la alianza de Esparta á toda costa para poder pensar libremente en atacar á los persas, de los propietarios de los campos que temían que estas construcciones sirvieran de pretexto para una invasion en el Atica, etc.

Los lacedemonios alarmados se decidieron á marchar fuera del Peloponeso; decían que iban á socorrer á los habitantes de la Dórida contra los fokenses pero su intento en realidad era crear á Aténas una rival poderoso en Thébas, cuyos muros, ya lo dijimos, se apresuraron á restaurar empleando en ello á sus soldados.

Como los jefes de la democracia en Aténas temían que el ejército espartano fuese llamado al Atica por los oligarcas que conspiraban dentro de la ciudad, decidieron enviar sobre los lacedemonios que acampaban en Tanagra al mismo ejército de jóvenes y ancianos que había triunfado con Myrónides en Megara. Los atenienses fueron completamente derrotados; poco ántes del combate se había presentado Kimon, pretendiendo ocupar un puesto como hoplita en su tribu; los caudillos populares no accedieron á esta generosa petición, y entónces Kimon se retiró suplicando á sus amigos que probaran en la lucha con cuanta injusticia se sospechaba de su fidelidad á la patria. Efectivamente los aristócratas se portaron admirablemente, quedando cien de ellos muertos en el campo

de batalla. Períkles propuso despues de la batalla que se levantara el ostracismo de Kimon y con la intervencion de la seductora hermana de éste, la paz quedó celebrada entre el gran tribuno y el gran guerrero y sus respectivos partidos, quedándole á Períkles el gobierno interior y á Kimon la direccion de las empresas exteriores. Esta obra de paz produjo un efecto inmediato; Myrónides penetró en la Beocia con un ejército ateniense y venció completamente á los tebanos y sus aliados en la memorable batalla de Enofyta, (456 ántes de J. C.). Tébas y la Beocia entera cayeron en poder de Aténas, que mantuvo también bajo su dependencia á la Lokride y á la Fokide; los gobiernos aristocráticos fueron reemplazados por democráticos y la obra de Esparta quedó destruida.

Aténas tocaba entónces al apogeo. Concluyó la obra inmensa de los largos muros, consumió la conquista de Egina, que se convirtió en aliada tributaria de Aténas y emprendió con buen éxito una serie de expediciones ya mandadas por Tolmides ó por Períkles en todo el contorno de las costas del Peloponeso, incendiando algunos puertos de Esparta y apoderándose de Cálkis y de Naupáktos en el golfo de Corinto. También emprendieron una expedición á la Thesalia aunque sin éxito. No todas eran victorias, sin embargo; los atenienses que habían ido á Egipto á auxiliar á Ináros, y que habían llegado hasta Ménfis, no pudieron apoderarse de la fortaleza del muro blanco, lo que dió tiempo á Artajerjes para reunir un gran ejército con el cual los venció y los sitió en la isla Prosopitis del Nilo. Al cabo de 18 meses desvió un brazo del río y dejando en seco á las naves atenienses dió el asalto, destruyendo á los sitiados por completo. Un pequeño número de atenienses se refugió en Kyrene, y para colmo de desgracia una flota de 50 naves atenienses que venía en auxilio de Ináros, cayó en poder de los fenicios y fué casi destruida.

El año de 455 los ilotas, que se habían refugiado en Ithomo, capitularon, saliendo libres del Peloponeso. Muchos de ellos fueron recogidos por los atenienses que los radicaron en Naupáktos en donde prestaron siempre buenos servicios á sus protectores. Probablemente esta larga lucha había fatigado á los vencedores porque permanecieron tres años en la inaccion y al cabo de ellos y gracias á la influencia de Kimon, se celebró una tregua de cinco años entre Aténas y las ciudades del Peloponeso. Kimon se aprovechó de esta coyuntura para emprender con nuevo vigor su campaña contra los persas. Dirigióse á las aguas de Kypros y puso sitio á Kision, mientras una parte de su escuadra se dirigía al Delta con el objeto de socorrer á Amyrteos. Entonces el afortunado capitán sucumbió á consecuencias de una herida, según parece; despues de su muerte los atenienses levantaron el sitio, pero derrotaron completamente á los fenicios y kilikios en mar y tierra. Se cree que data de entónces un tratado de paz que algunos llaman de Kimon y según en el que los griegos asiáticos quedaban libres y exentos de tributo, sin poder enviar el gran rey sus ejércitos á mas allá de tres jornadas de la costa jónica, así como sus navíos no podían navegar en los mares griegos en todo el espacio comprendido entre las islas Khelidonias y las rocas Kyaneas.

Con la muerte de Kimon perdió el partido oligárquico á su jefe más distinguido; le reemplazó Thukydidés, hijo de Melesias, hombre de tribuna como Períkles, y la lucha entre los dos partidos comenzó de nuevo. Entónces fué probablemente cuando á petición de los de Samos se trasladó á Aténas el tesoro federal de Délos; ya el imperio ateniense no sólo era marítimo, sino continental y se extendía sobre diversas ciudades que no tomaban parte en la confederacion. Esta grandeza aumentaba la hostilidad general contra Aténas; el descontento reinaba sobre todo en-

tre los beocios. Como se recordará, los atenienses se apoyaban en todas las ciudades conquistadas entre el partido democrático; el de Thébas era turbulento ó inepto y esto ayudó á los proscritos á apoderarse de la capital declarándose en plena rebelion contra sus opresores. Los atenienses, desoyendo los consejos de Períkles que quería que se tomaran todas las precauciones, enviaron sobre los beocios rebeldes un cuerpo corto de hoplitas al mando de Tolmides; el desastre fué completo, como no se registraba otro en los anales de la Grecia. Con Tolmides perecieron en Koroneia casi todos los atenienses, los que sobrevivieron quedaron cautivos. Aténas para rescatarlos tuvo que renunciar á su imperio de tierra; evacuó la Beocia y las comarcas adyacentes y Períkles tuvo que marchar rápidamente á Eubea, invadida por los beocios; no bien había emprendido sus operaciones, cuando supo que Megara se había separado de la alianza de Aténas y se había entregado á los del Peloponeso; la consecuencia inmediata había sido la invasion del Atica por los espartanos al mando del joven rey Pleistoanax; dicen que Períkles logró á fuerza de presentes evitar la ocupacion del Atica; los lacedemonios, que ya tenían libre el paso por el istmo retrocedieron, y Pleistoanax y su anciano consejero fueron castigados. Entónces Períkles reconquistó con un armamento considerable la Eubea y luego se celebró entre Aténas y sus enemigos la tregua de 30 años. Aténas había perdido su imperio de tierra y comprendía que todo cuidado era poco para conservar su preponderancia en el mar.

EVOLUCION DEL GENIO GRIEGO DESDE SUS ORÍGENES HASTA EL PERÍODO DE PERIKLES.—*La religion, el arte, la literatura, la filosofía.*—Hasta la época muy reciente en que Otfried Müller publicaba su obra monumental sobre los dorios y su *Historia de la literatura griega*, en las altas regiones de la crítica histórica era una especie de dogma

lo que se llamaba la *autoctonia de la cultura helénica* y tesis trivial era afirmar que los helenos nada ó casi nada debían á los otros pueblos, que su cultura había germinado, crecido y desarrolládose en el suelo de la Hélas sin ninguna contribucion de elementos extraños. En las líneas que van á seguir, apoyados en los últimos resultados de los estudios auxiliares de la historia, como la arqueología y la filología vamos á ensayar una demostracion de la tesis contraria y habremos trazado así en rápido esbozo, la historia de la evolucion de la civilizacion griega desde los tiempos remotos hasta la época de Períkles.

Es ya un lugar comun para los iniciados en los modernos progresos de la ciencia histórica que los griegos son una rama de la gran familia ario-europea (1) que una subdivision de esta rama penetró por tierra y otra por mar en la Grecia, que los pelasgos que precedieron á los helenos en Europa y que el sábio aleman Curtius identifica con los jónios, no eran más que los proto-griegos del Asia menor; y fué en el Asia menor, en lo que se llamó tambien la Ionia, en donde nació y se desarrolló hasta un punto notablemente avanzado, la cultura helénica; en donde floreció la primera poesía épica, en donde aparecieron por primera vez al mundo el arte idealista y la filosofía. Pues bien, los elementos primeros de esta cultura son orientales, son asirios ó mejor dicho, caldeos, son fenicios ó mejor dicho, egipcios. Estos elementos orientales penetraron en el mundo helénico ó por la vía terrestre, por la Kapadokia, la Likia, la Frigia y la Lydia, sobre todo, ó por mar, viniendo por Kypros y las islas de la Fenicia. Los pelasgos marítimos que desde tiempos tan remotos piratearon en la cuenca oriental del Mediterráneo en compañía de los aqueos del

(1) Preferimos llamar así á la familia humana conocida con el nombre de indo-europea, porque como lo he observado en su novísima obra sobre mitología comparada, el profesor Girard de Rialle, esta última de nominacion escluye el grupo *Zend* ó meda-persa.

Peloponeso, contribuyeron mucho á esta obra de propaganda oriental que sirvió de base á la civilizacion helénica.

Por lo que toca á la religion, inútil es llamar la atencion sobre el flagrante error de los que creen que la mitología griega, salió como Athené del cerebro de Zeus, armada con todas sus armas, componiendo un sistema muy complicado pero muy coherente. No; cada localidad, cada fraccion de la numerosa familia helénica dió su contingente de leyendas, de tradiciones y de mitos al fondo comun, y mitos, tradiciones y leyendas, traían su origen de países extraños á la Hélade. Algunos venían del Asia central y son comunes á los helenos y á los arias de la India; Max-Müller, Kühn y Burnouf han demostrado, con muchos otros, la filiacion sanscrita de los dioses helénicos, hasta el grado de poder asegurar que casi ninguno de los nombres de los dioses helénicos es una palabra griega; la significacion original de muchas leyendas míticas, se ha hallado en los libros sagrados de la India, como v. g., la de Prometeo (v. pág. 93), la que sirve de tema al poema el *Escudo de Herákles*, atribuido á Hesiodo, en que se cuenta la lucha de Herákles y de Cynos, que es idéntica á la lucha de Indra y de Cushna, ó del sol contra la fuerza que retiene el agua en las nubes y produce la esterilidad (Burnouf.—Orígenes de la poesía helénica).

Pero si es verdad que gran parte de los elementos mitológicos de los helenos pertenecen al comun patrimonio de los pueblos arias, tambien es cierto que los griegos, ó adquirieron nuevos elementos míticos ó transformaron muchos de los que traían del centro del Asia, desde que separados de los otros arias entraron en el círculo de los pueblos ribereños del Mediterráneo. Ya era un hecho aceptado por casi todos los mitologistas que Afrodite era una diosa de procedencia fenicia; en la isla de Kypros y en la de Kythere, depositaron los audaces navegantes cananeos el gér-

men de este culto transformado despues por los griegos; pues bien, Afrodite ó Astarté, como la llamaban los fenicios, es la Mylitta de los babilonios, la Istar de los asirios, la Anahit de la Caldea meridional, la Tanit de los cartagineses, etc., y estos nombres, dice el sabio arqueólogo Perrot, se aplican á una diosa, cuya actividad no está limitada á tales ó cuales cuerpos aislados en la naturaleza, sino que es el principio húmedo que juega su papel en el nacimiento de toda vida, la matriz que recibe todos los gérmenes. Este mismo principio es el adorado en la Lydia, en la Frigia con el nombre de Rhea-Kybeles, culto llevado al Peloponeso por los pelópidas, en la Armenia y en Efesos con el de Artémis, cuya imagen estaba representada en el Artemision de esta última ciudad con el cuerpo lleno de tetas henchidas de leche y en Sámos con el de Heré. Así es que Afrodite, Artémis, Heré y Kybeles son diosas idénticas. Mas aun, Curtius ha reconocido algunos caracteres de la gran diosa oriental hasta en Demeter y en Athené. En resumen la concepcion camo-semita de un tipo divino, representacion del principio húmedo ó femenino de la naturaleza, ha penetrado hasta en las raíces del panteon helénico. Nada diremos por no alargar demasiado esta noticia de los innumerables símbolos de origen asiático que representan á esta especie de diosa universal bajo sus diversas formas y que componen una especie de cadena artística que viene desde la Caldea y pasando por la Lidia, la Kapadokia y la Frigia, se derrama por el Asia menor, y las islas, hasta la Grecia misma, desde los cilindros de Nínive y Babilonia hasta los bajo-relieves de Pterium y Euiuk; en el Asia menor, la gran diosa aparece como la domadora del leon solar y el terrible felino acompaña su imagen tanto en el Asia como en Grecia, como lo atestigua la descripcion del famoso cofre de Kypselos. Con este personaje femenino se adoraba

tambien á Adar—Samdan, divinidad de origen caldeo en quien es fácil reconocer los rasgos característicos de Melkhart y de Herákles, (Perrot, Guillaume y Delbet.—*Exploracion del Asia menor*.—Paris.—1872).

Siguiendo la marcha de lo homogéneo á lo heterogéneo, el movimiento que tendió á *individuar*, segun el tecnicismo de la escuela evolucionista, ó á marcar las diferencias entre una y otra divinidad, dió al mismo tiempo más unidad al sistema mitológico de los griegos cuyo desarrollo se confunde con la literatura y con el arte, hasta la época en que empezó á resentirse de las influencias filosóficas en que se espiritualizó y decayó cediendo el paso á una religion nueva. Ya hemos indicado, (pág. 93 y sig.), en qué consistía esta mitología griega en la época de su plena florecencia. En los tiempos de Períkles, el sentimiento religioso de los griegos estaba en su apogeo; pero como la literatura y el arte habían tomado una forma precisa tantos siglos despues del período en que se habían asimilado los elementos orientales, los griegos habían perdido hasta el recuerdo más pequeño del origen asiático de sus creencias, que equivocadamente quisieron hallar despues en los mitos egipcios. Pero como la civilizacion helénica fué más grande á medida que más se separó de su cuna oriental, cuando Feídias esculpió en marfil y oro su Zeus de Olimpia y su Athené del Partenon, era imposible encontrar la relacion de estas maravillosas creaciones del arte con los groseros ídolos de que provenían, así como no se podía concebir una mayor idealizacion de la forma humana. Las creaciones de Feídias y del grupo de artistas del tiempo de Períkles, influyeron de un modo decisivo en la marcha del paganismo, no porque quisiesen interpretar como algunos pretenden, (1) las ideas filosóficas

(1) Beulé, entre otros indica que Feídias quiso dar una forma material al theismo de Anaxágoras en Zeus

sobre la divinidad, de la escuela deista de Anaxágoras, el maestro del tribuno olímpico que entonces reinaba en Atenas, sino porque elevando á una altura inmensa el ideal plástico del hombre, y llevando á su mayor grado de espiritualidad la belleza física, imprimieron al antropomorfismo helénico, ese sello de gracia y de suprema dignidad que hizo la fuerza y el encanto del gentilismo.

Sin embargo, aquel arte que llegaba á tan empinada cima había tenido el mismo origen oriental que una parte de la religión de los helenos. Ya lo dijimos; no se trata de una influencia directa del arte egipcio ó caldeo sobre los jonios de Asia verdaderos creadores del arte griego, sino indirecta. Sabemos que concluido el largo y agitado período que cambió la faz del Asia entre el Éufrates y el Mediterráneo, y que empujó á los fenicios á las costas sirias y á los hiksos al valle del Nilo, lograron los egipcios arrojar á los nietos de los invasores cananeos y que los faraones emprendieron á seguida, prolongada serie de conquistas en el Asia, recorriendo los primeros, los valles del Jordan, del Natsana, del Orontes, del Éufrates y del Tigris. Los fenicios, también lo hemos dicho, fueron por mucho tiempo los agentes comerciales del Egipto y los servidores de los faraones. La influencia del arte egipcio, ya entonces avanzadísimo y que llegó pronto á su apogeo con Ramses II, no sólo se transmitió directamente á los asirios y caldeos, sino que por medio de los fenicios se derramó en todas las costas del Mediterráneo.

Kypros, la primera conquista de los fenicios, guarda en sus templos y en sus estatuas, vestigios clarísimos de su larga imitación de los egipcios, al mismo tiempo que en tal ó cual de sus obras de arte se notan los anuncios de alguno de los gé-
Olympios. (*El taller de Fidias. R. des Deux mondes—1861*). Este me parece un error. No era el de Feidias un Dios hecho hombre, sino un hombre aproximado á Dios por su belleza perfecta.

neros arquitectónicos más nobles de los griegos, como p. e. el capitel de la columna jónica. Pero los fenicios no sólo comunicaron á los helenos los procedimientos del arte egipcio, sino también del asirio caldeo y de éste sobre todo, porque coincidió probablemente la preponderancia de los asirios en la Siria y el Asia menor, cuando hubieron cesado las conquistas egipcias, con un grado de adelanto de las poblaciones helénicas suficiente á permitirles una asimilación más fecunda de los elementos artísticos que les eran extraños. Así en Kypros, las estatuas, (todas ellas pegadas á la piedra de donde parecían desprenderse), en que no domina la imitación de las estatuas de Thébas y de Sais, sino que son productos fenicios ó cypriotas de la escultura asiria, se confunden con las estatuas griegas primitivas; un movimiento más pronunciado, mayor amplitud y libertad en los paños, al uso del *peplos*, etc., están unidas en ellas á la cabellera dividida en trenzas, á la barba distribuida en zonas de rizos superpuestos y al bonete ó mitra cónica.

Pero en el Asia menor en donde se confundieron las razas semítica, ario-europea y uralo-altaica (turánica) es en donde la transición se palpa. El Asia menor llegó á estar tan profundamente penetrada de las influencias semíticas, que no sólo el idioma de los habitantes de la Kapadokia y de la Kilikia era el arameo, sino que arte y costumbres eran copia del arte y de las costumbres asirias. Y esto último era verdad también para pueblos de procedencia arya, como los lidios, los frigios, los troyanos, de tal modo, que un inteligente arqueólogo ha podido decir que los bajo-relieves de Khorsabad, en la Asiria, proporcionarían una ilustración gráfica de la Iliada más exacta que los bajo-relieves del Partenon. Pues bien, ese arte de transición, como p. e. y sobre todo, el de los lidios, es la cuna del arte helénico. "El arte lidio-frigio, dice Soury, verdadero in-

termediario entre el arte de la Hélade y de la Asiria, transmitió á la Grecia sus tradiciones, le ofreció sus modelos, inspiró á sus primeros constructores, á sus escuelas primitivas de escultura, á sus pintores arcaicos y á sus músicos." De aquí también proviene la afinidad entre el arte griego arcaico y el de los etruscos que eran, como sabemos, originarios de la Lidia. Los vasos y las copas, las tumbas y sus ornamentaciones de animales y de flores, son verdaderas cadenas artísticas que ligan la Grecia y la Italia con las islas, la Jonia asiática, la Lidia, la Fenicia y la Asiria, en donde está el foco. En los bajo-relieves de Pterium, en Kapadokia, estudiados por Layard, en el de Marathon, en las metopas de los templos de Assos, en Mysia y de Selinonte en Sicilia, se encuentran figuras, cuyos ojos, barbas, cabellos y músculos, ofrecen una semejanza extraordinaria con los escultores de Nínive. En la multitud de rocas esculpidas que existen en el Asia menor, se observa que los artistas lidios y jonios primitivos, si bien no tenían estilo propio, eran notables en el arte de esculpir las formas animales, y aunque no llegaron nunca á la perfección extraordinaria de los escultores de Nínive, contemporáneos de Sargon y de Sennakerib, cuyo *realismo* admira, si se acercaron á ellos como los leones de Ankira, de Euiuk y aún los de Mykene, á donde los pelopidas habían llevado el arte lidio, lo prueban.

Por otra parte, todas las noticias que los griegos nos han conservado sobre los orígenes de su arte, coinciden con los datos anteriores. Los mayores y más antiguos quizá de los templos conocidos por Herodoto, son los de Efésos (Artemision) y de Sámos (Hereon); los más antiguos ídolos, eran piedras fálicas (v. Grote, Perrot), *betylos*, como decían los semitas, idénticos al encontrado por Tito, en el santuario de Páfos, (Tácito), y el culto debió ser el mismo, como lo prueba que en Corinto,

que en remotos tiempos, había recibido las influencias directas de la Siria, también había *hierodulos* como en Biblos, y mujeres *servientes de la persuasión* ó prostitutas sagradas como en Jerusalem y en Babilonia, y á la energía productora de la naturaleza se tributaba un culto orgiástico. De Corinto salió el famoso cofre de Kypselos cubierto de figuras de estilo fenicio y de Kreta, dicen, vinieron las primeras estatuas de mármol, de origen fenicio también.

La semilla del arte griego, es, pues, oriental. Pero después de trabajosos ensayos, mientras el arte en el oriente se petrificaba en sus obras hieráticas sin progreso alguno, en el espíritu helénico el tipo artístico crecía, se idealizaba y tocaba á una altura en donde, desde entonces, reina sobre el mundo estético. Así la distancia es inmensa del templo egipcio ó asirio, que, dice Charles Blanc, no tiene proporciones sino dimensiones, á la maravillosa unidad del templo griego, en cuya construcción se seguía, como en la estatuaria, un módulo que servía para proporcionarlo todo, cuya *cella* espléndida decoraban todas las artes, en donde reinaba una armonía incomparable que produce todavía sobre el espíritu del que contempla el Partenon, p. e., una impresión musical, á aquel conjunto, en una palabra, que parecía un efecto de la razón. Lo mismo en la pintura; el arte jónico empezó, sin duda, imitando no sólo el sistema de pintar sus templos y sus estatuas con vivos colores, costumbre que siempre conservaron los griegos, sino por ensayar esa copia infantil de la naturaleza, en la que la pintura es una iluminación sin modelado y sin arte. Los griegos, que se creían, con ingenuo orgullo, el principio de la civilización entera, habían analizado con rigurosa sutileza los procedimientos del espíritu humano cuando se aplica á la pintura y habían personificado cada invención en artistas absolutamente legendarios. La verdad es que la pintura es hija del orien-